

escrituras virales

#1



JUN

15 / 2020





ESCRITURAS VIRALES

Experiencias, reflexiones, breves escritos en tiempos de pandemia

“Adentro la velocidad se modifica, el tiempo se ralentiza y la capacidad de acción se repliega. Vivimos una extrañeza de cierta normalidad perdida. Sin embargo, el aislamiento de los cuerpos no nos deja en soledad y aún en el encierro la intimidad del deseo nunca es del todo domesticada”.

Bitácora de la intimidad, palabras del aislamiento (Revista Rea).

Escrituras Virales es una publicación digital realizada por Convergencia Académica, Agrupación de Graduados de la Facultad de Psicología de la UBA, en la cual reconocidos profesionales y docentes de nuestra facultad escriben sobre diversos tópicos en el marco de la pandemia por el COVID 19, el confinamiento en las viviendas y la actual situación de la sociedad atravesada por este real y sus consecuencias.

Abordajes, experiencias, reflexiones, en escritos breves y potentes que testimonian sobre la clínica y reflejan la diversidad, aportando distintos saberes desde la perspectiva del psicoanálisis y la psicología.

En este número, el 1 de una serie, se abordan temas referidos a la práctica analítica en estos tiempos de pandemia, y las preguntas que la disrupción enciende ante las reinenciones de la escucha y del lazo social.

Agradecemos a todos y todas las analistas sus valiosas contribuciones para este número.

Paula Quattrocchi

La ética, lo atroz y el cientificismo

Oswaldo L. Delgado

La mantis religiosa, se presenta como un virus que asesina. El virus puede matar; la pandemia, aterradora. La pandemia como acontecimiento mundial inédito conmueve todos los semblantes de la organización social, en todas sus formas. El horror es igualitario, aunque los sectores afectados por las crueles injusticias sociales corren más riesgo y mueren en mayor cantidad.

La pesadilla ha ocupado el centro de la escena mundial, y muestra las noblezas e indignidades del género humano. Produce una angustia mortificante acuciante. No hay tratamientos, no hay vacuna. El único recurso posible se presentó como cuarentena. Como todo tratamiento, tiene efectos secundarios. Secundarios respecto a la muerte.

Aislamiento, angustia señal, depresiones, ataques de pánico, irrupciones maníacas, irascibilidad, empobrecimiento económico y emocional, y coartadas. Las coartadas subjetivas buscan un alivio, ubicando en el lugar de lo amenazante a los médicos, epidemiólogos, responsables políticos de la cuarentena.

Los líderes políticos y los referentes culturales de una sociedad tienen un deber ético: no aprovechar el terror social para desplazar la angustia traumática, y hacer un tratamiento imaginario del real sin ley, y del real con ley. Lo que en psicoanálisis llamamos fantasma es un “dispositivo” apto para que esto acontezca.

De este modo, diferencio las manifestaciones individuales hostiles en el cuerpo social como efecto de la angustia; del cálculo partidario de cualquier signo político de instigar las peores pasiones. Esto último puede causar más muertes. Al mismo tiempo, considero que hay que darle valor de síntoma a la no autorización del ejercicio profesional a psicólogos, psicoterapeutas y psicoanalistas.

El orden médico, en este punto rechaza la subjetividad, reduciendo a los seres humanos al organismo. *¿Acaso los derechos humanos excluyen el padecimiento psíquico?* Como psicoanalista lo pienso como una respuesta de angustia, bajo el modo de un síntoma de burocracia cientificista.

Lacan nos dijo que los psicoanalistas deben estar a la altura de cómo una época vive la pulsión. Para mi posición ética, diferenciar estas cuestiones es mi rasgo de estar a la altura.

La práctica analítica en tiempos de Pandemia

M. Alejandra Rojas

La pandemia del Covid-19 desarmó la organización de nuestros días, afectando de una u otra manera la vida de todos. En cuestión de días puso en jaque al saber de la ciencia dejando en vilo a los científicos que batallan contra reloj para lograr cercarlo.

Seguramente en algún momento esta infección será controlada sin embargo el mundo no será el mismo. Su incidencia ha subvertido el orden de las cosas marcando un antes y un después.

Desde una perspectiva lacaniana podemos afirmar que la irrupción de este real provocó una ruptura tanto en lo simbólico como en lo imaginario alterando sensiblemente la economía libidinal de las personas. Será tarea de cada uno subjetivar el impacto de esta conmoción, habrá que darle su tiempo.

Mientras tanto los analistas estamos al frente, continuando con los tratamientos, alojando nuevas consultas, supervisando, en condiciones diferentes a las habituales. En este sentido la virtualidad se ha convertido en una herramienta más para operar en el registro de la táctica, operaciones que podremos elaborar en un tiempo de pos pandemia, cuando podamos constatar el saldo de saber que estas innovaciones generen.

Es en este contexto que la propuesta de Lacan para leer los distintos niveles en que se desarrolla una cura revela toda su vigencia en este siglo XXI.

El analista lacaniano, libre del clásico encuadre de antaño y valiéndose de los matemas para formalizar su clínica, podrá hacer un cálculo de la táctica considerando el contexto y podrá ajustar la estrategia de acuerdo a la posición subjetiva en juego sin embargo se mantendrá orientado por la ética, la que trasciende a todo dispositivo.

Una ética que supone un sujeto en quien consulta, aquella que orienta la dirección de la cura sin dirigir al analizante, aún en momentos excepcionales.

Primeras huellas de otro cuerpo

Tomasa San Miguel

El análisis es la escritura que resulta de un encuentro de cuerpos.

Jugada inicial que define las entrevistas preliminares. Encuentro contingente que Lacan define como “confrontación” de la que resulta un buen o mal encuentro. Una vez instalado el discurso analítico “no se habla más del asunto”: porque está ahí como soporte.

Encuerpo entiendo que es atento a la afectación de la lengua que resuena. De allí que la interpretación sea tono, jaculación, voz como soporte de la palabra que toca la economía libidinal en su decir.

En tiempos de pandemia el encuentro se sostiene de la voz. Algo se pierde, algo se concentra. La afectación de cada uno frente al para todos, las invenciones singulares, las dificultades, las sorpresas.

Aparecen muy frecuentemente los sueños. Se escucha y se dice un sueño por teléfono en la intimidad de un encuentro que resiste lo más que puede. También aparece el juego que se dirige a un analista con fotos, videos, mensajes de voz. Y dice: “ojalá no te agarre este virus de porquería...” La infancia, aunque interrumpida por esta realidad que supera las ficciones constitutivas sobre sexualidad y muerte, también insiste.

Resistencia de lo subjetivo que se hace oír en hospitales y centros de salud. La salud mental en la Argentina está poblada de analistas. La difusión del psicoanálisis le debe a la universidad y al hospital público. Es allí donde también se traman redes colectivas que habilitan el territorio de la transferencia. Sus efectos son elocuentes: arman estrategias lúcidas con prisa pausada, a tiempo, ofrecen escucha a la subjetividad de los compañeros médicos en el hospital o centro de salud. Un espacio para lo de cada uno (miedos, fantasías, ideales) que no se suelta del para todos pero escapa a los protocolos. Ahí, en un forzamiento que alumbra, abren un tiempo.

Hay espacio común, colectivo, no necesariamente masa. Ni siquiera frente a la amenaza: la igualdad del peligro pone en evidencia la desigualdad de las condiciones. Aún así, decidimos no tomarlas como determinaciones.

Quizás sea eso lo que hace que la intervención sea analítica, una terapéutica que no es como las demás. Ni más ni menos.

Del deseo del analista y la pandemia

Liliana Szapiro

Podemos decir que la pandemia tiene características traumáticas. No estamos frente a una guerra, ni a un accidente, ni a un choque, pero sí frente a lo que apareció como una amenaza a la vida. Nos encontramos de manera sorpresiva, desvalidos frente a un virus que la mayoría no habíamos soñado que enfrentaríamos, esas eran historias del pasado: la peste bubónica, la fiebre amarilla, la gripe española, el virus de la polio...Desvalidos también frente a la catástrofe económica que se avecina.

Recurrimos a Freud que nos ilumina con sus desarrollos en “Más allá del principio del placer” (a) en que nos plantea que “Llamamos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección anti estímulo. Un suceso como el trauma externo provocará sin ninguna duda una perturbación enorme en la economía energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa (...) de suerte que el resultado es una extensa parálisis o rebajamiento de cualquier otra operación psíquica”. Lo traumático está caracterizada por otra parte en Freud, por la falta del apronte angustiado.

Lo que le sucedió efectivamente a la mayoría de las personas fue una parálisis y ese “quedarse en casa” fue agotador. Esa parálisis daba cuenta del empobrecimiento de los sistemas psíquicos en pos de centrarnos en “ligar esa energía a fluyente” en términos freudianos.

Desde Lacan queda claro que lo que irrumpió en esta contingencia, fue ese real sin ley, que cada sujeto luego del “terror” inicial está intentando velar a su manera con su fantasma. En algunos casos esto está siendo exitoso en otros no tanto y la angustia emerge entonces como señal indubitable de ese real.

Desde la epidemiología se intenta abordar ese real a partir de modelos. Al respecto ya Eric Laurent nos recordó en “Las biopolíticas de la pandemia y el cuerpo”, que Lacan subraya que Lord Kelvin “consideraba que la ciencia era algo en lo que funcionaba un modelo, permitiendo prever cuales serían los resultados del funcionamiento de lo real, recurriendo entonces a lo imaginario para hacerse una idea de lo real”. Y eso puede funcionar (o no) en lo que lo humano tiene de biológico.

Pero como bien dice Bassols “La ley de la naturaleza puede ser previsible —esta es tarea de la ciencia. Lo real sin ley no es previsible —esta es tarea del psicoanálisis. Ante esta diferencia estará bien recurrir hoy a la máxima de los estoicos para hacer una experiencia colectiva de lo real de la manera menos traumática posible: serenidad ante lo previsible, coraje ante lo imprevisible, y sabiduría para distinguir lo uno de lo otro”.

En esa línea, persistir en nuestro deseo de analistas transmitiendo el psicoanálisis y sosteniendo por la vía que podamos los análisis que conducimos, es nuestra responsabilidad. Será una muestra de coraje; de allí vendrán los aportes de nuestra serenidad y sabiduría.

Escrituras virtuales

Gloria Aksman

“No es fácil ser cronopio. Lo sé por razones profundas; por haber tratado de serlo a lo largo de mi vida. Conozco los fracasos, las renunciaciones y las traiciones. Ser fama o esperanza es simple, basta con dejarse ir y la vida hace el resto. Ser cronopio, es contrapelo, contraluz, contranovela, contradanza, contratodo, contrabajo, contrafagote, contra y recontra cada día contra cada cosa que los demás aceptan y que tienen fuerza de ley”.

Julio Cortázar.

Julio Cortázar era el autor que disfrutábamos en la soledad de nuestros cuartos entre los apuntes de facultad que nos esperaban desordenados en el escritorio frente a la urgencia del próximo examen. Eran épocas duras...soy de las que les tocó estudiar psicoanálisis a escondidas.

Soledad, es una forma de decir, porque nos divertía compartir esa lengua de cronopios y famas apenas nos encontrábamos y era un guiño cómplice en el bar o la escalera que nos conducía a las aulas. Otras épocas en que los encuentros eran “en cuerpo”, frente al otro, a los otros. Compañeras, compañeros, amigos, ellos y ellas...algunos y algunas aún compartimos esos guiños que nos dibujan esa sonrisa irremplazable.

El confinamiento actual a partir de la pandemia COVID19, me encontró releendo algunas de esas líneas subrayadas en los libros de Cortázar a partir de atender a los pacientes de manera virtual. Algo hay en ellas que me hace sentir una satisfacción en el cuerpo. ¿Algo de eso se podrá transmitir?

Si bien en nuestra clínica el abordaje destaca la diversidad en el modo de subjetivar el fenómeno que sume en la incertidumbre al mundo entero –cuestión harto evidente- se ubica que la soledad de la que se suele hablar en los análisis, eso que hace de obstáculo al lazo con los otros, se ha radicalizado por exceso o por defecto. Es decir, una demanda excesiva hacia los demás o el rechazar al otro por sentirlo intrusivo.

Ya señalaba Lacan que el ser parlante no sabe qué hacer con el cuerpo del otro y eso sin la experiencia COVID. El sentimiento de soledad es propio de nuestra condición de seres hablantes.

El confinamiento se presenta como una debacle o bien una solución de acuerdo con el caso. Pero dado el confinamiento obligatorio, se puede hacer percibir que hay otros modos de estar: darse un tiempo para estar solo es algo de otra índole. Estar solo, ubicar eso como posibilidad permite – y hablo de la clínica- hacer sentir que ese espacio, esa temporalidad, es un otro modo de experimentar esa especie de soledad que nos habita como un goce en el cuerpo; en cada uno, en cada una y que no tiene palabras solo se siente. Algo del amor de transferencia imprime su marca allí. De cronopios que somos, comandados por la pulsión- que siempre es de muerte- dar lugar a algo de famas que también habita en nosotros. Algo distinto que abre una puerta más allá de la incertidumbre.

Desierto de saber

Juan De Olaso

Se hace oír la angustia. A veces son signos, señales. Pero hay como una música de fondo, inquietante, en ocasiones estruendosamente silenciosa.

Hay otros afectos que salen a la luz: el malhumor, el fastidio, la apatía, la culpa y sus variados rostros, la tristeza, la ternura, la ira. También el amor, el odio, la indiferencia. Y no podía faltar, en este cóctel libidinal, ese afecto tan emblemático de lo humano: el aburrimiento.

Y diferentes efectos, que evocan el mundo “pobre y vacío” que describía Freud a propósito del duelo. Es que la pérdida ha tomado el protagonismo: pérdida de coordenadas habituales, de escenas, de lazos, de brújula, de sentido. Y la amenaza de lo que aún se puede llegar a perder: desde el trabajo hasta la vida misma. Mientras tanto, la espera del “pico”, sin medida, que no termina de llegar.

De nuevo, pues, la angustia. Ese estar a merced, en un extendido desierto de saber. No se sabe por qué pasó, no se sabe cómo, tampoco cuándo pasará, ni cómo será volver. Tampoco el Otro del saber puede encontrarle la vuelta. Lo cual retorna con facilidad en la impotencia del confinado: “No sé qué hacer” o, más aún, “Ya no sé qué hacer”. En tanto, hay quienes logran armar algo, despertar o hacer pie, en la resbaladiza sala de espera.

Hay una máxima de Lacan que en estos tiempos también se hace oír: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”. Frase propensa a convertirse en un estribillo insensato (el superyó dogmático siempre al acecho). Es indudable que esta coyuntura impar nos invita a pensar y a repensar nuestras categorías conceptuales, lecturas y modos de intervención.

¿En qué se habrá modificado nuestro oficio? Por otro lado, ¿qué pasa con el confinamiento del analista? ¿Y con su angustia o su impotencia? Ahí también podemos patinar e inventar.

Acaso sea un momento propicio para no recostarnos sobre lo que ya sabemos. O sabíamos.

Acerca del dispositivo, más allá de los estándares

Vanina Muraro

El dispositivo analítico puede prescindir del diván; bien sabemos de ello todos los que hemos atendido pacientes en algún cubículo de hospital, en un aula o un pasillo. Puede soportar la falta de privacidad, cuando una presencia indiscreta abre sorpresivamente la puerta del consultorio y, por estos días, somos testigos de que puede incluso prescindir del consultorio. Basta que haya un analista y un analizante para hacer existir ese dispositivo de palabra donde el decir tiene consecuencias.

La cuarentena nos sacude. Sacude nuestras creencias, nuestros prejuicios y nos confronta a los vicios del estándar. Aquello que creíamos necesario se revela superfluo. *¿De qué cuerpo se trataba cuando hablábamos de la presencia del analista? ¿Alcanza entonces con la voz y la reproducción de la imagen?, ¿es posible en todos los casos llevar adelante una cura por la vía telemática?, ¿qué pasa con los niños?, ¿qué con los enfermos graves?, ¿pueden empezar así los análisis?; aún más difícil de responder, ¿podrían terminar así los análisis?* Sin duda son más preguntas que respuestas. Una vez más, es la experiencia de la clínica la que puede orientarnos.

Entre quienes consultan hay los que rechazaron de plano la invitación a esta vía nueva de contacto; hicieron falta algunas semanas de aislamiento para que se avinieran tímidamente a reconsiderar esa primera respuesta. Los hay más adaptados, decididos; aquellos a los que en ningún momento se les ocurrió que a las inquietudes propias de la pandemia hubiera que sumarle las de interrumpir sus análisis. Hay también los que extrañan el hábito de venir al consultorio, no sólo el encuentro en 3 D sino cuestiones más sutiles: anhelan emprender el viaje semanal, el barrio, el café de la esquina en el que hacen tiempo, la vuelta después de la sesión rememorando algún fragmento. En síntesis, una temporalidad más remolona que la de la conexión-desconexión, un espacio menos frágil que el de la virtualidad on line que resista los caprichos del inconstante WIFI.

Más allá de las preferencias, sin duda, están los analizantes: los que relatan sus sueños, confiesan fantasías que los incomodan, se angustian, asocian, se sorprenden frente al saber que surge de los tropiezos propios de la emergencia de lo inconsciente. Si del otro lado hay un analista, el dispositivo está garantizado.

Espacio, tiempo y subjetividad en época de Coronavirus

Verónica Llull Casado

La pandemia del Covid-19 ha venido a modificar nuestra relación con el tiempo y el espacio y a partir de allí probablemente también nuestra relación con el otro y con los otros.

La introducción de lo virtual como modo de lazo y de comunicación ha planteado una nueva forma de vinculación que nos conduce a todos a repensar nuestras realidades cotidianas e incluso a reorganizar nuestras prácticas. Así, la presencia real de un virus que se ha expandido por el mundo a gran escala espacial y enorme velocidad temporal, nos ha conducido a todos a adoptar un modo de presencia no física en los ámbitos más insospechados de inclusión y desarrollo.

Lo virtual invade hoy nuestros espacios laborales pero también incluso nuestras reuniones familiares y de amigos. Todo el escenario social se organiza hoy en torno de un encuadre que excluye la variable presencial o que al menos, reduce nuestra presencia al universo de la imagen.

¿Nos hemos puesto a pensar realmente cuál puede ser el alcance de esta virtualidad extendida que hoy comienza por resolver obstáculos y trascender impasses pero que, de mantenerse en el tiempo, podría dejar de operar como una contingencia para instalarse como algo del orden de lo necesario?

¿Cuál podría ser entonces el efecto que podría tener sobre nosotros que, un gran número de actividades diarias, ya sea sociales o profesionales, dejen de realizarse por los canales habituales de los espacios físicos de reunión para quedar reducidos a encuentros virtuales, como simples modo de acotar la distancia y favorecer la simultaneidad temporal?

En este marco, lo que hoy se presenta como una contingencia beneficiosa y resolutoria, *¿no podría convertirse en cambio en un modo degradado de la presencialidad del hablante? Esto es, ¿puede reducirse el basto efecto de la presencia real al alcance efectivo de una imagen virtual?*

¿Podrán reducirse los más variados lazos sociales -en términos afectivos, laborales, académicos ...- a una presencia no habitada por el cuerpo en su dimensión real sino reducida al mundo de una imagen plana? Y de ser así, ¿no tendría esto efectos a nivel de la construcción de la subjetividad?

Hijos en cuarentena

Los niños que no tienen hermanos *Luciano Lutereau*

Una consulta frecuente en estos días es la de padres preocupados por los efectos de la cuarentena en sus hijos. Tiene una modalidad específica, ya que no buscan el inicio de un tratamiento; más bien son padres que quieren hablar con un profesional que pueda ayudarlos a interpretar algunos indicadores que, a primera vista, no saben si son buenos o malos. Para la práctica de nuestra profesión se trata de un motivo significativo, ya que permite valorizar el rol de las entrevistas de orientación a padres y despejar un criterio clínico: a veces con una entrevista bien conducida, se evita el inicio de un tratamiento innecesario y se deja en manos de los padres algunas herramientas para intervenir.

Los padres del siglo XXI suelen ser inseguros. Si algo caracteriza a nuestra época, es que la normalidad se volvió irreconocible; muchas veces nos consultan por aquellos conflictos que son parte del crecimiento. Es que en nuestra sociedad el conflicto dejó de ser visto como un motor estructurante y se lo suele diagnosticar patológicamente. Estos tiempos de pandemia no escaparon a esta misma tendencia. Habría mucho para decir en torno a las consultas por niños en cuarentena, me detendré solamente en una pregunta, la que más llamó mi atención en estos días. La consulta de los padres de “hijos únicos”: *¿tienen estos una mayor disposición a enfermar o a sufrir la cuarentena?*

En principio, es importante partir de la nominación. *¿Qué es un “hijo único”?* *¿Es un niño que no tiene hermanos?* *¿Es lo mismo que un niño no tenga hermanos que creer que le faltan?* En efecto, la expresión “hijo único” –cuando es dicha por adultos– dice más bien algo respecto del deseo de esos adultos, antes que del modo en que el niño vive no tener hermanos. Muchas veces cuando los padres nombran así a su hijo, hablan de lo que sienten que tendrían que darle (o haberle dado) “para que no esté solo”. “Hijo único” se vuelve equivalente así a “niño solo”... ¡por culpa de los padres! Con esta actitud (irreflexiva) es que suelen llegar los padres a la consulta: en la pregunta acerca de si la cuarentena podría dañar al hijo, se juega una inquietud implícita que los implica a ellos. Ahora bien, para orientar en esta consulta cabe tener presente diferentes matices. Por un lado, la cuarentena puso en cuestión el “afuera” que para un niño no es la calle, sino la relación con los amigos. *¿Qué es un amigo?* Alguien con quien jugar. Esto hace del amigo alguien muy diferente del hermano, ya que éste es alguien que participa del juego, que acompaña, pero no hay equivalencia entre la relación de amistad y el lazo fraterno. Claro que un hermano puede ser alguien con quien jugar, pero esto no va de suyo. Muchos niños en cuarentena conviven con otros niños sin jugar con ellos, o bien sin que la experiencia lúdica sea la que se experimenta con un amigo (por la simetría y las formas psíquicas que conlleva esta última: pudor, vergüenza, etc.). Asimismo, bien puede ser que un niño tenga hermanos y sean todos hijos únicos! No es extraño también escuchar que el modo en que se presentan las ganas de otro niño en la familia pueda ser como “un hermanito para” antes que “otro hijo”. Valgan estas consideraciones para dejar en claro que el hecho de que un niño tenga hermanos no es garantía de que eso implique un pertrecho o mejores condiciones para afrontar la cuarentena. Como conclusión, para orientar en este tipo de consultas, en lugar de asumir una distinción superficial entre hijo con o sin hermanos, como si uno tuviera una compañía que otro no, lo central es determinar el deseo que en los padres lleva a nombrar a un hijo como “único”.

Dos alarmas detectadas en el trabajo analítico por vías remotas

Martín Alomo

En esta época tan rara, la clínica analítica no deja de sorprendernos, incluso por vías remotas. Sabemos que la realidad, concebida tempranamente por Freud como una instancia que conversa con las otras detectadas y conceptualizadas por él, es un elemento que participa de la dinámica y la economía psíquicas. De hecho, los mecanismos de escisión y de comando pueden operar desde una instancia cualquiera -reprimida, desconocida o forcluida- que funcione como agente: lo inconsciente, lo reprimido; o bien el Ello o el Superyó. La realidad también puede ocupar estos lugares de escisión y comando que no necesariamente se excluyen: el psicoanálisis nos ha enseñado que, habitualmente, lo que comanda al sujeto resulta inadvertido para la conciencia.

La situación de cuarentena durante la pandemia no ha cambiado los lugares donde se da el intercambio dialéctico y dialógico entre las instancias psíquicas, pero, evidentemente, ha introducido una modificación fuerte en uno de los componentes: la imposición de habitar la escena del aislamiento. Cada quien, como no podría ser de otro modo, pone a jugar esta incidencia de distintas maneras según sus condiciones particulares. O dicho de otro modo: la exterioridad de la medida restrictiva cumple diversas funciones para cada uno, de acuerdo al arreglo subjetivo y a los usos y costumbres que mantienen la estabilidad psíquica para cada quien.

“Ahora son todos como yo” decía, ostensiblemente tranquilo, alguien con características fóbicas y obsesivas, refiriéndose a los rituales extremos de limpieza e higiene que ahora nos vemos obligados a observar todas/os. “A mí me metés un año en un submarino y puedo vivir tranquilo”, comentaba una persona con serias dificultades para el intercambio social que, además, hay que decir que continuaba cobrando su sueldo sin ver modificada su situación económica. Sin duda, lo que más me ha sorprendido es el efecto estabilizador que puede tener la cuarentena obligatoria para aquellas personas con cuadros severos, en los que justamente el aislamiento es el síntoma cardinal de la estructura: de un modo parecido al sujeto fóbico mencionado en primer lugar, ellos también ahora resultan menos raros, y las familias y los equipos asistenciales ya no insisten en que salgan a trabajar, estudiar, etc. Sin embargo, suelo escuchar más frecuentemente a quienes no la pasan bien, aquellos a quienes el encierro no les es tan afín a su defensa y por eso se angustian y se deprimen. Según señalan los estudios empíricos, entre ellos el más importante, sin dudas, el realizado por el Observatorio de Psicología Social Aplicada (OPSA) de la Facultad de Psicología de la UBA, los síntomas depresivos y del estado de ánimo en general, el incremento del consumo de alcohol entre los más jóvenes y los trastornos del sueño, aparecen como los efectos adversos más frecuentes de la cuarentena.

Volviendo ahora a la clínica del analista, que no trabaja a partir de las estadísticas pero no por eso las desconoce, considero fundamental tener en cuenta los siguientes dos puntos, que interpreto como alarmas del contexto actual: el riesgo de iatrogenia en los casos en que las condiciones exteriores propiciadas por la realidad redoblan la estrategia defensiva, fijándola; el riesgo de desoír la angustia que produce el confinamiento, aun cuando se escabulla tras la apariencia de la hiperconectividad correlativa de la deslocalización de los cuerpos respecto de los lazos que los sujetos creen habitar.

escrituras virales

#1

Oswaldo L. Delgado

M. Alejandra Rojas

Tomasa San Miguel

Liliana Szapiro

Gloria Aksman

Juan De Olaso

Vanina Muraro

Verónica Llull Casado

Luciano Lutereau

Martín Alomo